
LAS CAMPANAS.

SI los murmullos todos de la naturaleza son una voz elocuente y misteriosa que nos habla de Dios, y eleva nuestra alma en alas de consoladora esperanza á una region de amor y de quietud, la vibracion de las campanas que hendiendo los aires llega á nuestro oído, no solo nos reeuerda la vana agitación del mundo, sino que nos avisa que ha pasado el tiempo para no volver jamas, y naturalmente nos causa emociones profundas y melancólicas.

Aislados como vivimos y siendo estraños los unos á los otros, la voz de la campana parece ser el único vínculo que nos une, el idioma que todos comprenden en nuestras ciudades bulliosas. Los golpes solemnes del bronce hieren los oídos de todos los hombres, de los que corren ansiosos en pos de ventura y de los que lloran sus desdichas y cada una de esas vi-

braciones prolongadas es el aviso que nos da el tiempo de que gradualmente nos va abandonando, hasta que al fin nos deje en el imponente dintel de la eternidad. Esta idea con su terrible grandiosidad tiene algo de consoladora; pasó una hora, espiró un dia, llevándose parte de nuestra vida; las campanas continuarán anunciando la muerte de las horas, y estas seguirán su curso constante; la vida acabará al fin y con ella nuestras dichas y nuestros placeres y nuestras brillantes esperanzas; pero tambien todos nuestros martirios y amarguras. Apreciamos muy poco los instantes, y cuando los contemplamos formando años, su aspecto nos aterra, dejamos escapar una hora creyendo que en la siguiente podemos realizar nuestros deseos. Pues bien, véamos con desden las horas todas de la vida, y para que nuestra esperanza no sea efímera, fundémosla en el infinito y en la eternidad. Al sonar las campanas que en las torres miden el tiempo, se agolpan á la mente en confusion las ideas de un pasado á que no queremos volver los ojos, porque la memoria de la inocencia perdida y de la felicidad desvanecida desgarrá el corazon, de un presente pasajero y fugaz, y de un oscuro é incierto porvenir. . . . ¡Qué triste es que este fantástico panorama de todos los tiempos, sorprenda el espíritu perdido y errante en las tinieblas de la duda!

¡Y cuántas otras emociones producen las campanas! Intérpretes del sentimiento, las dejamos ser la única espresion de nuestra fé, cuando el labio lleno de hiel, no se atreve á espresar lo que está en el corazon. . . . ¡Qué grave, qué solemne es la vibracion argentina de las campanas, cuando saludan la aurora! Es la música sublime que acompaña el canto

de la creacion, que despierta llena de vida y prorumpe en himnos de amor y de reconocimiento al sentir en los rayos vivíficos del sol, las miradas paternales del Omnipotente. . . . Al escuchar esa armonía magestuosa de las campanas el alma se enternece y su emocion de fé y de esperanza, debe subir hasta los cielos, porque la ternura y el sentimiento es lo que el hombre puede ofrecer á su Dios, como las aves le ofrecen sus trinos y las flores sus aromas. El alma entónces acepta el nuevo dia, siente nacer una esperanza de consuelo, ó se resigna á recibir nuevas gotas de la hiel del infortunio.

Durante el dia, oiréis que la campana convoca á la oracion, que aconseja á los hombres que abandonen esta mansion de miseria y de prueba, elevando el espíritu hasta el cielo, para implorar que se mitiguen sus dolores. Al repetir los aires la voz de la campana, parece que se escucha un llamamiento del cielo; por eso algunos descubren su cabeza é inclinan sus rodillas; pero aquellos que no pueden orar, porque su corazon esté impuro, ó su inteligencia extraviada, sufren al verse privados de un consuelo que comprenden y no se atreven á buscar. Imposible es orar cuando el pecho abriga ruines pasiones; la ofrenda del hombre es desechada cuando él odia á sus hermanos. . . .

En la soledad, en la augusta calma de los campos tiene un delicioso encanto la voz modesta de la campana de la aldea. Ella anuncia tal vez al labrador que terminó su tarea, que puede enjugar su frente, y tornar al hogar con las ovejas y con las cabras, para dormir el sueño tranquilo que sigue al trabajo y á la ignorancia feliz de las pasiones. . . . Esa campana llama tambien á la oracion, y cuando en los campos, á

la orilla de las sementeras los pastores y los labradores entonan un cántico monótono y sin armonía, su acento es puro y sencillo, es un canto de alabanza y de paz, y no la plegaria del infortunio; en ese rumor se confunden los balidos de la oveja y los trinos del ave que se recoje en su nido; el zumbido del insecto y el murmullo de los arroyos, y el rumor de la arboleda. En el campo se ora con la naturaleza; el hombre añade un acento á las mil voces de la creacion, y no siente la triste necesidad de verter lágrimas que escalden su mejilla, de lanzar sollozos que lastimen su pecho, de golpear su frente contra la tierra. . . .

Al hundirse el sol en el ocaso, perdiéndose tras de montes altísimos que estienden en la llanura su sombra gigantesca, las campanas resuenan tristemente, son entónces un gemido de dolor, son el anuncio de la noche que envuelve en sus tinieblas cuanto ecsiste.

A veces hay algo de júbilo en el clamoreo vivo y animado de las campanas. Tratan de evocar la alegría en los corazones, de revivir una memoria de ventura, y espresan vida y placer porque recuerdan los sublimes misterios del cristianismo, ó porque toman parte en las glorias de los pueblos, á fin de que no se estingan las tradiciones hermosas de lo pasado.

Las campanas que nos convidan á la oracion, anuncian tambien con agitadas vibraciones los peligros de la sociedad, y llaman al hombre á que salve á sus hermanos. Suena la campana porque el fuego devora las casas y las riquezas de los hombres; porque las llamas amenazan consumir no solo la fortuna, sino los miembros débiles del anciano, las formas hermosas de la vírgen y el rostro inocente del niño.

Tambien se escucha el toque de alarma terrible, iracundo y encendiendo el coraje del valiente, cuando un invasor atrevido llega á las puertas de la ciudad para mancillar sus glorias y dividirse á las esposas y á las doncellas. . . . Es entónces un acento de venganza la voz de la campana, es el llamamiento de la patria que sucumbe, el grito lastimero de la madre que aguarda á sus hijos para que la libren de la infamia. ¡Ay del pueblo que escucha ese llamamiento con indiferencia y no se lanza á derramar su sangre, prefiriendo la muerte á la esclavitud!

Otras veces el tañido de la campana es triste y de desolacion, y al oírlo, el llanto asoma á nuestros ojos. Esa armonía lúgubre, esa voz de lamento y de tristeza, es el canto de la muerte, es el eco del dolor, cuando cae en la tumba uno de esos seres queridos que se lleva la mitad de nuestra existencia. Los *dobles* son el último adios de este mundo á las almas, que desprendiéndose de la carne vuelan hasta el cielo. Siempre que oímos esa música de la muerte, nos parece que llega hasta nosotros la voz de los que fueron, y se fijan en la mente tristísimas memorias, memorias que hielan y que desgarran el corazon. ¡Ay! siempre que oigo doblar, me parece que vaga en mi torno aérea é impalpable la sombra de mi madre; miro su sonrisa angelical y su mirada luminosa, y á un tiempo le veo llena de vida como cuando era mi único tesoro en este mundo, y la veo helada al soplo de la muerte, como cuando mi aliento, mis lágrimas y mi existencia no pudieron reanimarla. . . . Sufro con esta vision, y me gozo en mi sufrimiento, pues si siquiera deseara yo consuelo en mis dolores, yo mismo me odiaria, porque seria querer que se extinguiera

en mi alma la memoria que es el solo faro que luce en la triste senda de mi vida.

¡Ojalá y el ruido de las campanas sea un acento de union y de paz, de consuelo y de esperanza para la humanidad! . . . ¡Ojalá y esa voz con que el tiempo se despide del hombre lo haga pensar en una vida en que no vuelan los instantes dejando recuerdos de dolor!

1851.—FRANCISCO ZARCO.

¡POBRE NIÑA!

(REFUGIO.)

NIÑA gentil de blonda cabellera,
De labios rojos, de nevada frente,
Que alegre y juguetona en la pradera
Al colibrí persigues, inocente;

Y fatigada te adormeces luego
Sobre la alfombra que te dan las flores
Para que arrullen tu infantil sosiego
Los trinos de los pájaros cantores;



Refugio

Deja un momento la pradera hermosa,
Y el colibrí de matizadas alas,
Deja que libe el néctar de la rosa
Luciendo al revolar sus bellas galas:

Déjalo, sí, y hasta mi seno vuela,
Olvida de las flores la fragancia,
Ven á mi seno, ven, y me revela
Esos tranquilos goces de la infancia.

¿Son bellos como tú? ¿puros cual tu alma,
Que ignora de esta vida los pesares
Y sabe solo en inocente calma
Orar á Dios al pié de los altares?

Sí, tus horas deslízanse tranquilas
Como raudal de cristalina fuente,
Mientras brillan de gozo tus pupilas
Y se pinta el candor sobre tu frente.

Tú en pos de mariposa fugitiva,
Corres hollando las nacientes flores,
Y alegre siempre y juguetona y viva
El pájaro y la flor son tus amores.

A quien el suyo ¡oh niña! te prodiga,
 Con ósculo de amor tierna le pagas,
 Y con tu mano cariñosa, amiga,
 Estraña frente sin rubor halagas.

El beso de tus labios es un beso
 Que no quema la frente, cual la quema
 El ósculo de amor, que en torpe esceso
 El hombre llama su ventura estrema.

Es puro como el beso que el Eterno
 Imprime á una alma que á su seno sube,
 Es ósculo de paz, ósculo tierno,
 Que allá en el cielo envidiará el querube.

No profanan aún tus labios rojos
 Los labios de falaces amadores,
 Ni se empañan aún tus bellos ojos
 Con el llanto que arrancan los dolores.

El porvenir ante tu vista brilla
 Cual celage purísimo de oro,
 Y vuelas hácia él, cual avecilla
 A las ramas de verde sicomoro.

Pero ¡ay! que ignoras que la triste vida
 Tiene sus horas de dolor y duelo,
 Y que se pierde la ilusion querida
 Cual meteoro fugaz que cruza el cielo.

No sabes que las flores que ahora pisas
 Se tornarán en ásperos abrojos,
 Que á tus tranquilos goces y á tus risas
 El llanto ha de seguir y los enojos.

¡Pobre niña! las horas de tu infancia
 Perdidas las verás en negra noche,
 Y no amarás como ántes la fragancia
 De tierna flor al entreabrir su broche.

Entónces al mirar las mariposas
 Libres volar por la pradera amena,
 Triste recordarás que entre las rosas,
 Así vagabas de ventura llena.

Tal vez al recorrer esos lugares
 Donde brilló de tu ecsistir la aurora,
 Lágrimas verterás, y los pesares
 Tu frente inclinarán, tan bella ahora.

Cuando triste cruzando los pensiles
Escuches los cantares de las aves
Dirás "tal vez mis sueños infantiles
Arrullaron aquí trinos mas suaves."

Y oyendo de la tórtola inocente
El amoroso lánguido gemido,
Suspirarás con ella tristemente
Por tu inocencia y por tu amor perdido.

El beso maternal que con ternura
Acarició tu púdico semblante,
Osada borrará la boca impura
De algun infiel y corrompido amante.

¡Pobre niña! tú ignoras que en el mundo
Barca serás del viento combatida,
Que en las olas de un mar, ancho, profundo,
Lucha, vacila, y quedará perdida.

Si eres un ángel, si dejaste el cielo
No prosigas del mundo en el camino,
Que vivir entre lágrimas y duelo
No ha de ser de los ángeles destino.

Remóntate otra vez hasta la altura
El lodazal dejando de este mundo,
Porque tus alas de sin par albura
No las manche jamas su fango inmundo.

Te seguirá mi vista en el vacío
Como al ave de cándido plumage,
Que se levanta con potente brío
Hasta perderse en diáfano celage.

1851.—FRANCISCO GONZALEZ BOCANEGRA.